"VIRYA"

ESTUDIOS DE TEOSOFÍA, HERMETISMO, ORIENTALISMO, PSICOLOGÍA, ETC.

AÑO I	SAN JOSÉ, COSTA RICA, AGOSTO DE 1908	NUM. 4

Homúnculus, Xilope, Viator...

I

En los *Anales de Ciencias Psíquicas* de Francia (1897) aparece un discurso del gran William Crookes que encierra genial filosofía, de acuerdo con los adelantos de la ciencia. Sus conceptos demuestran la relatividad que llevase á Kant á poner los *juicios sintéticos á priori*, hijos de la intuición, frente de los falibles y limitados testimonios sensitivos.

Todos los fenómenos del Universo—dice Crookes—son en algún modo continuos, y ciertos secretos arrancados á la Naturaleza, pueden darnos la clave de otros más escondidos aún. Consideremos, por ejemplo, las vibraciones del éter, que sirven de intermediario para trasmitirnos los efectos producidos por los objetos exteriores.

Tomamos por punto de partida, un péndulo que bata una oscilación de un segundo: doblando sucesivamente esta oscilación, se obtiene la serie siguiente:

1er grado	2
2 »	4
3 »	8
4 »	16
5 »	32
6 »	64
7 »	128
8 »	256
9 »	512
10 »	1,024
15 »	32,768
20 »	1.048,576
25 »	33.554,432
30 »	1,073.741,824
35 »	34,359.738,368
40 »	1.099,511.627,776
45 »	35.184,372.088,832
50 »	1,125.899,906.842,624
55 »	36,028.707,018.963,968
56 »	72,057.594,039.927,936
57 »	144,115.188,075.855,872
58 »	288,220.376,151.711,744
59 »	576,440.752,303.423,478
60 »	1.152,881.504,606.846,976
61 »	2.305,763.009,213.693,952
62 »	4.611,526.018,427.387,904
63 »	9.223,052.036,854.775,808

En el 5º grado, comienza la región en que las vibraciones del aire se nos revelan como sonido y esta zona sigue hasta el grado 15º de 32 mil por segundo, aunque ciertos animales, dotados de oído más fino, podrán percibir acaso como sonido, vibraciones superiores á este límite.

Penetramos en seguida en la zona donde el número de vibraciones aumenta rápidamente y el medio vibratorio es ya infinitamente más sutil: el éter. Del grado 16 al 35 las vibraciones se elevan á unos 34 mil millones y se presentan á nuestra observación como *rayos eléctricos*.

A continuación viene otra zona desde el grado

35 al 45, con vibraciones que nos son *completamente desconocidas aun*.

Nos acercamos así á la región del calor y de la luz (grados 45 al 51). Avanzando más, dejamos atrás estas regiones para penetrar en otra también desconocida: la ultravioleta, hasta que la Física ya no nos dé información alguna por encima del grado 61.

Existen, pues, dos grandes lagunas ó regiones vibratorias desconocidas, cuyo papel en la economía del Universo ignoramos todavía y existir deben asimismo otras más rápidas, porque la serie natural de los números es indefinida; pero, ¿qué relación puede haber entre tales vibraciones y las que en el éter opere también el pensamiento? La mayor rapidez vibratoria priva á los rayos ú ondas de muchas de las propiedades de los grados inferiores. Así, las ondas vecinas al grado 62 son de tal índole, que ni se refractan, ni se reflejan, ni se polarizan y son susceptibles, en cambio, de pasar (rayos X) á través de muchos cuerpos que nosotros consideramos como opacos, siendo las más rápidas las que pasan fácilmente por las sustancias más densas. Así se concibe sin esfuerzo que rayos dotados de la enorme velocidad vibratoria de 9 trillones de longitud de onda penetren por los medios más condensados, sin apenas disminuir de intensidad y con la velocidad de la luz.

De ordinario nos comunicamos las ideas por la palabra, evocando en el cerebro una representación y transmitiendo por la vibración de las cuerdas vocales y de la atmósfera ó el éter dicha representación, que va á imprimirse en otro cerebro.

En los rayos Röntgen nos encontramos con vibraciones de extremada pequeñez de onda, respecto de las más pequeñas que se han podido medir, sin que haya motivos para sospechar que alcanzamos el lí-

mite. Las ondas de esta índole cesan de tener muchas de las propiedades que caracterizan á las ondas luminosas y cuando se obtienen en el vacío, sus ondas no son homogéneas, sino haces de ondas de diferente amplitud, cual ocurre con las de los colores. Algunos de éstos atraviesan, como es sabido, los músculos, deteniéndose en los huesos, mientras que otros atraviesan con igual facilidad á entrambos.

Mediante algunos postulados harto admisibles encontraremos la posibilidad de ver en tales rayos ó en otros más veloces un medio de trasmisión del pensamiento, como los que nos testimonian multitud de casos de incuestionable telepatía, clave de muchos problemas psíquicos, que podrán entrar algún día en los dominios de la Física.

Gastón Moch continúa esta teoría con un artículo muy notable acerca del carácter relativo de los conocimientos humanos.

Comenta primero las ideas de Crookes respecto de la colosal influencia que un cambio en la gravitación, en la luz ó en la atmósfera ejercería sobre las ideas del hombre. Habla así de su *Homúnculus*, quien se admira de la resistencia invencible que á sus fuerzas de micro-organismo presentaría la gota de rocío en una hoja de col, que parecería inmensa á su extraordinaria pequeñez. *Homúnculo* presenciaría el entrecruce de los átomos en las reacciones químicas, pasaría como bajo granizo por entre el polvillo flotante en la atmósfera, y al observar las gotas de agua afirmaría en sus tratados de Física, *que los líquidos aparecen siempre bajo formas resistentes y esféricas*, y hallaría majestuosa como un cóndor á la mosca que vuela persiguiendo á su presa.

La presentación de los rayos X, dice Moch, ha vulgarizado sobremanera la certidumbre acerca de cuán imperfectos son nuestros sentidos. ¿Qué con-

cepto tendría del mundo, un ser organizado para percibir directamente esos rayos?

Imaginémonos este sér á quien llamaremos *Xílope*, sér cuyo ojo percibiría no como el nuestro las vibraciones de 450 á 750 billones de longitud de honda, sino las superiores, entre 300 y 2,300 trillones.

De su amada, Xílope no percibiría más que el esqueleto, rodeado de una masa confusa y traslúcida, de aspecto gelatinoso. El criterio de belleza no consistiría para él en unos ojos expresivos, una boca bien dibujada, dientes blancos y bien puestos, etc. En sus novelas se leería en lugar de ello descripciones por este tenor: «Ernestina se hallaba dotada de una caja torácica de irreprochable simetría, limitada por dos omóplatos del más puro perfil; un gracioso esternón y, sobre todo, la maravilla de su cúbito, de contornos delicadamente redondeados, semidesvanecidos por la trasparencia de las carnes»....

Este pueblo extraordinario se ocultaría á las miradas indiscretas en casas de vidrio, una de las sustancias xilopeanas más opacas; por hermosos *cristales de madera* se filtrarían los bienhechores rayos X del Sol. El bosque más espeso es para Xílope desierta llanura sahariana, donde mirando más despacio advertirá la savia que asciende por árboles para él invisibles de todo punto, y ella le producirá el efecto de unos surtidores de agua extremadamente delgados elevándose con extraña lentitud. Como Xílope no podrá acercarse á uno de estos saltos de agua, sin golpearse en el invisible tronco, insertaría en los tratados *de hidráulica* la curiosa observación siguiente, acerca del mundo vegetal:

«Durante la primavera se observan en el campo multitud de fuentes surtidores, cuyas moléculas se sustraen á las leyes de la gravitación y de la evaporación, por circunstancias que se ignoran. Su caudal es muy débil y le forman filamentos capilares

que se subdividen y se elevan á veces á considerable altura. A pesar de su tenuidad es muy raro que el calor llegue á agotarlos, antes bien, los aumenta, y una particularidad notabilísima de tales surtidores es la de que rodea á cada uno una zona impenetrable y que nada acusa á la vista; de tal modo que debemos acercarnos á ellos con precaución para no resultar golpeados ó punzados de improviso, de manera harto dolorosa.» Y más tarde con los progresos de la civilización otro Xílope completaría el capítulo. «Acaba de hallarse una curiosa aplicación de las *fuentes-surtidores*. El doctor N acaba de inventar una serie de instrumentos que llama hachas, sierras y cepillos mediante los cuales es posible ya el separar del suelo tales surtidores y con ellos la sustancia dura, transparente que los rodea y en la que nuestros crédulos antepasados veían un espíritu golpeador impidiendo el acceso á los surtidores. Esta sustancia conservada largo tiempo para que pierda el agua, resulta hermosamente diáfana y por su origen se la ha llamado *cristal de surtidor* ó comunmente *madera*.

¡Bastaría para que los seres vieran el Universo de este modo que su ojo estuviese organizado para percibir, no las vibraciones comprendidas entre los 45 y 59 grados de Crookes, sino los que se extienden del 58 al 61!

El *Homúnculo* de Crookes es pariente muy cercano del *hombre infinitamente plano*, al que recurren los geómetras para persuadirnos, por comparación, de la posibilidad de las *n* dimensiones. Es cierto, dicen estos sabios, que sólo podemos concebir el espacio según tres dimensiones, pero ésto se refiere únicamente á la constitución de nuestro cuerpo y á las imperfecciones de nuestros sentidos. Un ser que sea infinitamente plano en el sentido matemático del adverbio, no tendría conocimiento de los cuerpos

más que adaptándose á sus superficies y, según toda probabilidad, concebiría el movimiento sólo como el acto de resbalar por superficies. Al no serle asequible la tercera dimensión, nuestra Geometría del espacio le parecería tan fantasmagórica como á algunos de nosotros nos parece la relativa á una cuarta dimensión, para cuyos seres, nosotros seremos al modo de los seres infinitamente planos de nuestro ejemplo.

El *Viator* de Moch es un ser imaginario, capaz de ver á todas las distancias por inmensas que sean y de trasladarse en el espacio con tanta ó mayor velocidad que la luz. *Viator* suspendería indefinidamente los efectos de las sucesiones de los fenómenos, pues que podría estar viendo siempre una misma escena si iba acompañando en su velocidad de 300 mil kilómetros por segundo, al rayo de luz que iluminó la escena. Viator, no sólo suspendería, sino que su mente y su vista alcanzarían á invertir el orden de los tiempos, como de mano maestra nos describe Flammarión en su novelita Lumen, de aquel espíritu del moribundo que se aparta de su cadáver á doble velocidad de la luz y va repasando en los rayos retrospectivos la visión de su vida entera, *del sepulcro á la cuna.*

La impresión que sacamos de tales fantaseos de físicos eminentes es muy consoladora, porque vamos viendo que, á medida que la Física va levantando el vuelo, se acerca más y más á la excelsa cumbre de la Filosofía. El inestudiado mundo de lo *astral* ó de la cuarta dimensión se acerca más y más á los confines de la ciencia positiva. Un sér de este misterioso reino puede, en efecto, estar á nuestro lado sin ser visto, porque la acción de su tenuísimo cuerpo sobre el medio etéreo, haga vibrar á éste con velocidad mayor, parecida á la de los rayos Röntgen, y no logre impresionar ni á nuestro tacto, ni á nuestro oído

ó vista, sin embargo de tener una existencia tan real como la de los rayos X antes de ser descubiertos por nuestros aparatos.

En la gamma admirable de las realidades vibratorias, ora ténues, ora intensas, del Cósmos, verdadera escala cual la que Jacobo soñase, hay infinitos y prodigiosísimos seres que aguardan sólo para mostrársenos á que inventemos nuevos instrumentos ó que desarrollemos nuevos y mejores sentidos.

M. Roso de Luna

*
* *

Mar sin orillas

Desde que impera la tendencia individualizadora, ha ido extendiéndose por el mundo, en progresión constante, como mar sin orillas, la ciega y absorvente pasión del egoísmo. Sin la divina llama del amor, que es su polo opuesto, la insensata adoración de la propia personalidad hubiera ya concluído con la especie humana. La preponderancia del yo con su cortejo propio, el orgullo, la vanidad, el despotismo, la remordedora envidia, etc., se desprende de aquella cualidad *tamásica* (1), la última de las *gunas* (2), de que habla la Teosofía.

El egoísmo se levanta como muralla infranqueable ante la conciencia del hombre impidiéndole penetrar en el conocimiento de sí mismo; impulso ciego, imperativo y fatal, es divergente con el prin-

---

(1) El conjunto de las tres cualidades de que tratan los Vedas, son «Sattva, Rajas y Tamas: respectivamente ritmo, armonía y pureza,—emoción, actividad, pasión,—inercia, tinieblas é ignorancia.»

(2) Gunas (cualidades).

cipio de la Justicia, y se sobrepone á toda razón y derecho que coarte sus direcciones. La tendencia equilibradora de la Naturaleza utiliza esta fuerza *destructora del principio de la unidad*, durante el largo periodo de la *involución* de los seres, para que sè vayan determinando en ellos las cualidades que deben diferenciarlos entre sí, procediendo para ello de acuerdo con sus causas originarias y su finalidad. Pero este movimiento disociador, tan explicable entonces, sería ilógico y contraproducente desde el momento en que la *evolución* despierta el raciocinio y con él la certidumbre de que el hombre no tendría razón de existir de otro modo que como elemento dependiente de la entidad superior humana, con la cual debe hallarse en harmonía, del mismo modo que lo están entre sí las moléculas constitutivas de cualquier organismo. El llamar la atención hacia el cumplimiento de esta necesidad ineludible, ahora que el yo propende con afán desmedido á imperar sin freno por todas partes, es uno de los elevados ideales que se propone realizar la Teosofía.

Aunque se halla al alcance de la más rudimentaria comprensión la magnitud de los trastornos que del egoismo se originan contra todo fin colectivo, y en último término, respecto del adelanto humano, cuadra á mi propósito el señalar algunos de los mismos.

Esta pasión, causa de la discordia, es la cizaña que nace en el campo de la amistad; el germen de casi todas las desavenencias de familia; inspira los odios de raza, é impide que vayan borrándose las fronteras. Los pueblos salvajes esquivan el progreso sugestionados por la voz del egoísmo, y esta misma voz se sobrepone á la de la piedad en el corazón del hombre civilizado, aconsejándole emplear el desprecio ó la destrucción contra aquellos, sus incultos semejantes, á quienes podría reducir probable-

mente, si en lugar de la fuerza bruta empleara los atrayentes recursos de la benevolencia y del amor fraternal.

El denso velo del egoísmo impide que se preste atención á la idea de que cada una de las razas ha venido desenvolviendo cualidades determinadas y aptitudes propias para llenar un fin necesario en el harmonioso concierto del adelanto humano. El insinúa en el ánimo del sectario político la idea de que solamente sus soluciones pueden conducir á la prosperidad, y va acumulando los elementos antagónicos que acaban no pocas veces por ser los factores de la ruina de las sociedades. Pero donde este terrible impulso afecta caracteres más apasionados y detentadores de la razón y del derecho, es en todo aquello que se relaciona con los dogmas religiosos. En este punto alcanza el egoísmo sus últimos límites. Cada sectario se imagina ser el depositario único de la gracia, el custodio de la verdad reservada para él por un dios celoso, ante cuyas aras se le figura que pudiera ser lícito sacrificar á cuantos no comulgan á su lado. El egoísmo inspira la idea de que el credo de cada cual debe, puesto que es el suyo, ser el único revelado; el más perfecto é indiscutible. De lo contrario ¿cómo hubiera sido adoptado por sus mayores?... ¿Para el israelita podrá haber templo alguno digno de la oración fuera de la sinagoga? ¿Dónde se hará manifiesta la gracia de Alá, para el musulmán, sino en su mezquita? ¿Podrá convenir el católico romano en que exista en toda la tierra lugar alguno capaz de inspirar el místico recogimiento que eleva el alma é inspira la plegaria, que no sea aquel que ofrecen las góticas catedrales entre las indefinibles penumbras de sus sus crujías ó capillas de piedra? ¡De tal manera deprime el egoísmo la conciencia de toda clase de sectarios fanáticos, los cuales son causa de que las re-

ligiones se truequen en elemento de división y de ruina en lugar de ser elementos de paz y de concordia como debieran! De aquí la guerra que contra las influencias religiosas viene promoviéndose en los últimos tiempos por el materialismo, por las tendencias llamadas positivistas, por el modernismo y hasta por los que se precian de indiferentes en relación con el más allá, los cuales cultivan á su vez la pasión que venimos estudiando, al pretender legislar en la conciencia y voluntad ajenas. En efecto: ¿Qué derecho le asiste al materialista, al incrédulo, ni aun á los que han podido—como decía el Apóstol—adquirir una fe ilustrada, para obligar á los que no se hallan en su caso á seguir sus direcciones? En tanto que existan gentes imposibilitadas para especular en ciertos círculos de la inteligencia, llenarán las iglesias de todos los cultos un fin social de la mayor importancia, así como todos los tiros del materialismo se quebrarán contra la cota diamantina de la fe que se apoye en el conocimiento. Se requieren las «*prisiones mentales*» para cuantos no tienen adquirido todavía el dominio de su mente. Dejemos, por lo tanto, á los que necesitan ejercitar el culto externo, que sigan sus caminos, que para todos ha de llegar la hora de comprender que cada cual lleva en su corazón el Templo único en que arde la llama del divino y universal Espíritu; el Templo donde se oficia por el adelanto y el bien de todos los seres, contra el cual, las influencias propias *de nuestra naturaleza inferior*, no prevalecerán...

Sería improcedente el aducir por el momento nuevos testimonios contra la tendencia disociadora que señalamos á la consideración de todas las gentes animadas de buena voluntad. El reinado del bien, hasta donde puede realizarse en este plano ó lugar de experiencias, de la tierra, no puede tener lugar

allí donde no se comprenda que desde el impulso generador del átomo á las más elevadas energías cósmicas, todo concurre á la unión en harmónico engranaje. Aquellos seres que todavía no han llegado á desenvolver sino en un grado elemental su inteligencia, la noción de su personalidad, van arrastrados por la corriente de la ley; pero el ser humano suficientemente evolucionado debe prestarse voluntariamente á darla cumplimiento, tratando para ello de perfeccionar sus diversos cuerpos y todas sus facultades para ponerlos á servicio de la misma; que esta gran ley multiplica las criaturas, no para que se detengan en la propia adoración, sino para orientarlos hacia el principio de la Unidad. Vayamos, pues, siendo conscientes de nuestros deberes, seamos auxiliares de la evolución de la Naturaleza y no rémoras de ella. La verdadera Vida, la fuente de las energías universales no es patrimonio de ningún ser aislado: penetra todas las formas, las anima y sostiene. La ley del ser, la Ley de Sacrificio, que va inducida á lograr que de la existencia fundamental del Logos se desprendan múltiples vidas que puedan participar de la plenitud de la felicidad divina, como nos recuerda Annie Besant en el Cristianismo Esotérico, sirve de fundamento á las simbólicas tradiciones religiosas que se personalizan en un Salvador; y esta gran ley no puede tener cumplimiento sin la abrogación y muerte del egoísmo.

Ahora, para avalorar esta pobre labor de mi entendimiento con alguna chispa de penetrante luz espiritual, terminaré dando como resumen del mismo los siguientes párrafos, del inspirado libro antes citado. Aludiendo su autora al sacrificio del Logos, dice así:

«Este sacrificio es el secreto de la evolución. La Vida Divina, encerrada en la forma la empuja siempre hacia fuera para que se expansione: mas su pre-

sión es suave, por no quebrar la forma antes que haya alcanzado el límite extremo de su expansión. Con paciencia infinita y tacto y discreción, el Uno Divino persiste en su impulso de continuo ensanche, sin dar suelta á fuerzas que produzcan roturas. En todas las formas, en el mineral, en el vegetal, en el animal y en el hombre, está la energía expansiva del Logos obrando sin cesar. Ella es la fuerza evolutiva, la vida elevadora que anida en las formas, la energía impulsiva que vislumbra la ciencia, sin saber de donde procede.»

. . . .

«Cuando una forma llega á su límite, cuando no puede crecer más, no es de provecho para su alma, para ese germen que, como suyo propio, el Logos cobija, entonces El, no teniendo nada que granjear de la forma, la retira su energía, y la forma se deshace.

. . . .

«El alma, en tanto, sigue con El, que modela una nueva forma para ella, y la muerte de la forma es así el nacimiento del alma á una vida más llena.

. . . .

Mediante este perpétuo sacrificio del Logos, todas las vidas existen: esta es la vida á cuyo influjo el universo cambia de contínuo. Vida Una, envuelta en miriadas de formas, que lleva siempre unidas, venciendo gentilmente su resistencia. Es Ella así la fuerza unificadora que hace á las vidas separadas gradualmente conscientes de su unidad, y trabaja para desarrollar en cada cual la conciencia de sí misma que finalmente le hará reconocerse como una con las demás, y descubrir su raíz Una y divina.»

Tomás Povedano

*
* *

De la Revista Hispano-Americana de Barcelona, *La Vida Editorial*, que trata de ciencias, sociología, literatura y asuntos editoriales, tomamos el precioso artículo que sigue, en el cual se corroboran una vez más nuestras aseveraciones acerca de la trasmisión del pensamiento á distancia.

Telegrafía mental

EL descubrirse los rayos X, quedó patente que existen modalidades de energía que pueden escapar á nuestros sentidos por carecer los humanos de órganos sensoriales sensibles á dichas modalidades. Y ha quedado también perfectamente en claro, que tales formas de energía seguirían eternamente ignoradas por el hombre si no se pudiesen transformar en otras apreciables por nosotros, ya como calor, ya como sonido, bien como luz, bien como electricidad en sus diferentes manifestaciones, etc.

Del mismo modo, las ondas eléctricas llamadas hertzianas no hubieran podido servir á Marconi para trasmitir despachos á grandes distancias sin necesidad de hilos conductores, si no se conociese el tubo inventado por Brandly, sensible á dichas ondas hertzianas, y que, por lo tanto, las exterioriza, es decir, las hace apreciables á nuestros medios de percepción.

Esto sentado, ¿podrán existir «ondas mentales»

(llamémoslas así para designarlas de algún modo) que trasmitan á distancia el pensamiento desde un cerebro á otro?

Estudiemos las condiciones de posibilidad de este fenómeno.

Cuando un cerebro trabaja es indudable que, en su masa, en su delicadísima estructura, se verifican forzosamente algunas alteraciones moleculares correspondientes al trabajo mental que se realiza. Ha de haber mayor actividad en la vida de las células cerebrales, mayor excitación en éstas, que se tiene que traducir por algo mecánico, como movimientos, sacudidas, vibraciones, etc.

—No te calientes la cabeza—le dicen al que piensa ó discurre con mucha intensidad. Señal de que la experiencia enseña que en el cerebro que trabaja hay una conflagración, una manifestación física de energía.

Resulta, en efecto, en todo cerebro en función, una energía actual, una modalidad física de potencia real, aunque sea tenue y sutilísima. Este foco de energía forzosamente ha de impresionar el medio ambiente, como los cuerpos sonoros obran sobre el aire en cuyo seno vibran, ó los focos caloríferos, luminosos, magnéticos, y eléctricos, sobre el éter que todo lo llena. El medio ambiente cerebral, así impresionado, transmitirá en todas direcciones el impulso recibido, y así se formarán las ondas mentales, por un mecanismo análogo á las luminosas, á la de los rayos catódicos, á las hertzianas, etc.

Si las cubiertas cerebrales son opacas para las ondas así originadas; es decir, si no dejan pasar á su través dichas ondas, dentro de cada caja craneana quedarán encerradas éstas y nada de ellas se manifestará (á lo menos directamente) al exterior. Pero si las aludidas cubiertas cerebrales son transparentes para las ondas mentales, éstas marcharán

en todas direcciones, propagándose por el espacio infinito, como todas las ondas se propagan.

No hay fundamento para negar «á priori» la transparencia de las cubiertas cerebrales para las ondas mentales. Cuerpos muy duros y muy compactos, como el diamante y el cristal, son transparentes para las ondas luminosas ordinarias; substancias como la madera, el cuero, etc., son transparentes para los rayos catódicos, otras muchas materias, opacas para la luz, son completamente diáfanas para las ondas eléctricas hertzianas. Hay, pues, motivos para creer que las cubiertas cerebrales no son opacas para las ondas mentales que dentro de ellas pueden originarse, y tanto más advirtiendo que cuanto más delicadas son las ondas, mayor número de materiales son susceptibles de atravesar.

***

Si el lector ha tenido paciencia para seguir mi razonamiento, convendrá conmigo:

1º—Que no sólo es posible, sino lo más conforme con todas las leyes físicas, que el trabajo cerebral produzca ondas mentales.

2º—Que estas ondas se propaguen en todas direcciones á través del espacio.

Ahora bien, estas ondas pasarán completamente inadvertidas para todo el género humano mientras no tengamos sentidos para apreciarlas, ó mientras no descubramos medios de transformarlas en otras formas de energía sensibles ya para nosotros.

¿Tenemos algún sentido capaz de apreciar las ondas mentales que de cerebros ajenos proceden? No lo conozco; pero de poseerlo es lo más natural y lo más probable que lo sea nuestro cerebro.

En efecto: si un cerebro, al trabajar, ha producido

una forma especial de energía trasmisible al exterior, parece racional suponer que los demás cerebros, con constitución similar, deben ser sensibles á la misma forma de energía.

Cuando se hace sonar una cuerda de un arpa, de un violín ó de una guitarra, otras cuerdas de otros instrumentos músicos de la misma clase que se hallen en las inmediaciones, también suenan sin que nadie las toque. La única condición precisa para que el fenómeno se verifique, es que las cuerdas que hayan de vibrar «por simpatía» han de estar templadas para producir la misma nota que la cuerda que se hizo sonar primero. Esta es la teoría de los resonadores de Helmholtz, que sirvió á este eminente físico y fisiólogo para el análisis de los sonidos.

Lo mismo debe ocurrir con el cerebro. Uno de éstos piensa, como si dijéramos suena; la vibración ú onda mental se trasmite por el espacio; si encuentra otro cerebro, ó sea otra cuerda, al mismo temple que el foco de la vibración, vibrará también en la misma forma, esto es, «recogerá el pensamiento» del primer cerebro, sin que haya otro medio de comunicación entre ambos. Pero si el segundo cerebro no está templado al unísono del primero, tal vez permanecerá insensible á la acción de las ondas mentales que éste envíe.

***

Resulta, pues, posible la trasmisión del pensamiento á distancia, y, por lo tanto, la «telegrafía mental», ó sea la comunicación entre dos personas alejadas una de otra.

Los casos de comunicación pueden ser muy raros por la dificultad de coincidir en el temple de los cerebros; pero se registran algunos perfectamente com-

probados, y seguramente habrán existido muchos de los que no se tenga noticia.

¿Quién no puede citar algún ejemplo de alguna persona á quien, en un momento determinado, «le daba el corazón» que tal otra persona estaba ejecutando un acto ó sufriendo de algún modo (y por lo tanto pensando acorde), y después, se ha comprobado que así ha sucedido?

Conocido es el caso de la criada del doctor Gerault, describiendo agitada, estando ella en Francia, la muerte de su hijo, á la sazón en Crimea; el de Swademburg, describiendo desde Gothemburgo, el gran incendio de Stokolmo; el de mistress Porter, refiriendo en el Conneticut, y como si lo estuviera presenciando, el incendio del vapor «Henry Clay» en el río Hudson. Notabilísimo es también el hecho que cita Ricardo Palma en sus «Tradiciones Peruanas». El padre Almoguera, monje trinitario, fué nombrado en tiempo de Felipe IV obispo de Arequipa, y se embarcó en una de las 20 naves de la flota que mandaba el almirante don Pablo Contreras. Una furiosa tempestad echó á pique siete de los bajeles, siendo el primero en hundirse el que llevaba el obispo á bordo. Llegó la noticia al Perú por los tripulantes de las naves que se salvaron y fueron testigos de la catástrofe, afirmando que hasta las ratas se habían ahogado. Preparóse el cabildo de Arequipa á hacer funerales y otras manifestaciones de duelo por la muerte del obispo, cuando una monja del convento de Santa Casilda de Arequipa, llamada madre Ana de los Angeles Monteagudo, lo supo y dijo:—Aplácense las honras fúnebres. Cierto que zozobró el bajel; pero su ilustrísima y otros compañeros se salvaron. Ha vuelto á embarcarse en Cádiz y navega con viento favorable. Dentro de tres meses sabremos la verdad.

Tres meses después el ilustrísimo señor Almogue-

ra se hacía cargo del obispado de Arequipa, y refería las circunstancias de su naufragio y salvación en los mismos términos que lo había hecho la madre Monteagudo.

Existiendo, pues, casos indubitables de telepatia, forzosamente han de tener alguna explicación natural, y la que propongo me parece bastante lógica. Los ejemplos referidos, y todos los de su clase, vienen, además, á servir de comprobación experimental de la teoría.

Es, pues, racional suponer la existencia de la telegrafía mental, y no es dudoso que si experimentadores hábiles estudian el hecho y llegan á determinar sus leyes, se encuentren medios prácticos para facilitar la comunicación del pensamiento entre personas alejadas unas de otras, y sin necesidad de cables ni ninguna otra suerte de aparatos intermedios.

¿Y qué duda cabe de que entonces, las relaciones sociales, el modo de vivir y las leyes políticas de los Estados tendrán que modificarse radicalmente?

Queda aun otra fase de esta cuestión. La de si será posible transformar las ondas mentales en otras formas de energía apreciables ya por nuestros sentidos ordinarios. Esto supondría exteriorizar el trabajo cerebral de los demás: «leer el pensamiento».

VICENTE VERA

*
* *

Asuntos diversos

La Biblioteca á R. Maynadé de Barcelona, obsequia á Virya con un ejemplar de cada una de las siguientes obras teosóficas: «*La Voz del Silencio*» de H. P. Blavastsky; el «Bhagavad Gïtä», versión del Sánscrito al inglés, con notas aclaratorias por Mrs. Annié Bessant, Presidente de la Sociedad Teosófica, seguido del selecto canto del mismo Mahabharata «*Uttara Gitä*», y traducido al castellano por Federico Climent Terrer; «*El Yoga*», por la misma autora; «*Cartas que me han ayudado*» por Jasper Niemand; «*Protectores invisibles*», por Leadbeater; «*Clarividencia y Clariaudiencia*» por el mismo.

Esta Redacción agradece mucho tan valioso obsequio, mediante el cual ha podido admirar una vez más las elevadas dotes de entendimiento, erudición y voluntad, que adornan á Mrs. Annié Besant, cuya actividad inagotable en favor del adelanto raya en lo prodigioso.

***

En cumplimiento de lo que teníamos ofrecido, comenzamos á publicar en este número la inspirada

leyenda ZULAI, original de una distinguida dama costarricense que oculta su nombre bajo el pseudónimo Apaikán. Habiendo de parecer interesados nuestros elogios respecto de esta producción, desde luego que nos complacemos en acogerla como si fuera propia, la entregamos sin comentarios á la imparcial y bondadosa consideración de nuestros lectores.

*
* *

En el Ateneo de Costa Rica dió el señor don Claudio González Rucavado una preciosa conferencia literaria, en la cual, con verdadero arte y originalidad hizo honor á la memoria del inolvidable poeta Gustavo Adolfo Becker. Considerando que toda voz de aliento que se levante, donde quiera que sea, en pro de una causa justa, como lo es la de exaltar el verdadero mérito, y más aún, la de extender la propia bondad del ánimo como corriente benéfica hacia todos los seres, constituye una verdadera realización de los ideales de la Teosofía, hemos aplaudido y aplaudimos muy sinceramente el motivo y la finalidad perseguida en dicha conferencia. Es justo que cuando la antigua Metrópoli sufre la dura presión de la rueda inflexible de Karma, viendo entre sus manos hoy tan debilitadas cuanto ayer vigorosas, roto el cetro que imperó casi en toda la tierra; que cuando la mayor de sus actuales glorias estriba en contemplar con orgullo de madre cariñosa el vigor con que resurge su vida y la esperanza de nuevas conquistas para el adelanto entre sus numerosos hijos de la América, éstos, le envíen el testimonio de sus talentos, animado por el calor de sus alentados corazones...

*
* *

El señor don Roberto Brenes Mesén, Director del Liceo de Heredia, pronunció una nueva conferencia también en el Ateneo, sobre el tema de la trasmisión del pensamiento. El numeroso público que le escuchaba con el interés y la cariñosa deferencia que siempre inspiran el talento y la sinceridad, quedó generalmente impresionado por la evidencia de los argumentos aducidos por el conferenciante, los cuales fueron mantenidos en los límites que podían caber dentro del círculo de percepción que es propio de un público culto, pero, tal vez no muy versado en asuntos de psiquismo. Reciba el digno profesor costarricense, tan abnegado y estudioso como independiente, que busca la Verdad á todo trance y donde quiera que se halle, el aplauso que los redactores de VIRYA le envían.

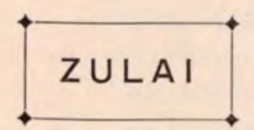
*
* *

Hemos recibido el canje de la simpática revista *El Foro*, que publican los estudiantes de la Facultad de Derecho. Quedamos muy obligados á tan señalada distinción.

Agradecemos igualmente el canje de *El Pacífico*, de Puntarenas.

Correspondemos también al canje de las revistas teosóficas *Bhakti Gyan*, de Sancti Espíritus y *The Theosophic Voice*, de Chicago, y les damos las más expresivas gracias.

*
* *



INTRODUCCION

Entre los valles de la provincia de Cartago, hay pocos tan pintorescos y feraces como el de Tucurrique. Bañan sus sembrados multitud de riachuelos y atraviesa sus praderas el río Pejivalle, de azulado color. Se precipitan sus aguas desde más de cincuenta metros de altura y caen á confundirse con el Reventazón que serpentéa caudaloso al pie del valle. En la margen izquierda de éste torrente hay fértiles vegas donde se producen el cacao y el arroz y subiendo hacia el Norte, en lo alto del cerro, una llanura de muchas hectáreas que se extiende al Este, hallándose resguardada por altas montañas, donde la mano del hombre dejó su huella. Cultivos de café de los mejores del país, reemplazan las selvas, y sólo en los manantiales permanecen algunos grupos de árboles dando sombra á las aguas. Pero todavía estos lugares ofrecen para mí un interés mayor que el de su belleza majestuosa, porque en ellos encontré, en el año 1907, un promontorio circular, al Oeste de un cementerio indio, rodeado de ancha pared de piedras, conteniéndo 15 tumbas (fig. C. del plano adjunto), de las cuales extraje valiosa colección de antiguos y finos objetos de cerámica, con pinturas y esmalte, armas de piedra, mesas, pebeteros (Figuras 1, 2 y 3 del grabado que sigue), y dos figuritas de oro (Figuras B y D del mismo).

A distancia de unos trescientos pasos de dicho lugar, un mes después, dí también con una tumba solitaria (fig. B) que estaba colocada, como todas las de este cementerio,

de E. á O, y que por su singular contenido merece más extensa descripción.

Una vez que fué abierta ésta fosa, se vió que por su cabecera era de forma circular. Las lápidas que la cubrían (grandes y muy bien unidas lajas) descansaban sobre tierra colada fina, la cual llenaba como de un metro el hueco y comprimía en el fondo á otra piedra muy gruesa que



PLANO DEL CEMENTERIO INDIO

ocupaba la parte superior del mismo. Levantada que fué ésta aparecieron seis cráneos humanos, y á lo largo los huesos de sus respectivos cuerpos, colocados en tal desorden, que examinándolos atentamente adquirí el convencimiento de que, sin duda, las personas á quienes pertenecieron habían sido enterradas vivas estando sujetas sus cabezas y casi aplastadas por la piedra gruesa del interior de la tumba. En ella se halló además un cacharro, uno tan sólo, de barro ordinario; pero con la particularidad de te-

ner en su fondo pintada una cruz roja (fig. E.) Los huesos ofrecían tan poca consistencia que se desmoronaban al contacto del aire.

Pude extraer un cráneo más ó menos completo, que conduje á mi casa, después de volver á enterrar los demás, y en ella permaneció formando parte de mi curiosa coleccioncita de antigüedades; pero siempre tuve recelo de conservar este despojo humano en mi poder, coincidiendo con tal estado de ánimo algunos fenómenos raros, que supondré de orden psíquico, é impresionada por ellos determiné, al cabo de unas semanas, devolver, cuando tuviera ocasión, el cráneo á su propio lugar de descanso.

Sin embargo, pasaron los días, dominé mis escrúpulos y eché en olvido tan acertada resolución.

Una mañana, hallándome contenta y sin preocupación alguna, ví claramente delante de mis ojos formarse en dirección á la pared de mi dormitorio un triángulo de anchas líneas negras. Fué tan vívida esta visión, que dí por hecho que se trataba de la sombra proyectada por algún objeto y acudí á buscarlo; pero nada encontré. No me fué posible darle explicación al fenómeno, y entonces al ver que se desvanecía la figura geométrica poco á poco hasta borrarse del todo, sin saber porqué, enlacé el extraño incidente con el cráneo indio, que ya consideraba de mal agüero. Aquel mismo día le dí sepultura y volví satisfecha de haber cumplido con tal deber, y libre de malos presagios. Pero por la noche, sin antecedente que justificara tal deseo, me sentí impulsada á borronear cuartillas y más cuartillas, é inducida con vehemencia á dar forma á una serie de hechos, acaecimientos y escenas de otros días, los cuales dieron por resultado la siguiente narración india:



Fig. A
1.
2.
3.
Fig. B
Fig. D.
Fig. C.
T. Povedano
Fig. E.
Calderón

ZULAI

Ivdo: Indio de mente pura
Vida que Makdú quiere.

X...

I

En los contornos del caudaloso Tapiri, defendido del viento por escarpado risco, está situado sobre elevada planicie un gracioso pueblo de indios. Sus chozas de techos de palma, paredes de cañizo, y con pequeños cultivos al frente, y al lado, dan muestras de habitarlo una tribu grande y civilizada. Ancha plaza cubierta de hierba la separa de un espacioso terreno, rodeado por tupida cerca de cañas y bejucos, en cuyo centro se levanta grande y majestuoso un rancho circular. Consta éste de siete habitaciones: la sala real que ocupa el medio, y las estancias de los lados, amplias, pero más bajas, ocupadas por mujeres, niños y servidores. Aquel es el Palenque de Dorien, la regia morada del Cacique Kaurki, el indio en cuyas manos está el gobierno y la suerte del antiquísimo pueblo pre-colombino de cuyas costumbres nos vamos á ocupar.

II

Es medio día. La sala real del Palenque ofrece una apariencia lúgubre que contrasta con el alegre aspecto de las afueras del poblado. Un grupo de indios de ambos sexos rodea el lecho donde yace inmóvil su Cacique. Acaba de ser trasladado del bosque, convulso, desmayado, y con síntomas mortales.

Atada á un leño, cerca de una hamaca, una víbora con

la cabeza aplastada, mueve aún sus escamosos anillos. Bancos de piedra labrada, aparecen por doquiera y arcos y flechas se acumulan en los oscuros rincones.

Todo es allí confusión: una vieja hechicera, enjuta, de ojos penetrantes, lucha por hacer beber al enfermo una tisana de la hierba *lengua de víbora* que él no puede ya tragar. Los *suquias* (curanderos) le han aplicado ya todos sus remedios: evocando los buenos espíritus soplaron sobre su rostro el aliento de la salud, pero nada calma su estado. Gran consternación se nota en aquellos bronceados semblantes: tenían cariño á su Jefe. El era cruel é implacable en sus castigos, pero un valiente. Jamás les había abandonado. En sus guerras con los corivisíes marchaba á la cabeza de su tribu, y en tiempo de paz era amigo de las fiestas, y sobre todo de la chicha, dejándolos beber, sin obligarlos al trabajo como sus antiguos Caciques. En aquel mismo instante, ¿no corría por sus venas el fuego del licor?

Sí. Todo el pueblo había tomado aquel día muchas jícaras, y esperaba consumir muchas más, pues en la madrugada, Kaurki se había desposado por quinta vez, y todo era fiesta en Dorien. De orden real, durante tres dias, nadie sería *latigado*, y las tinajas de la efervescente bebida se vaciaban como por obra de encanto. Pero en unas pocas horas la escena había variado totalmente.

Una bocaracá—de las que se arrastran entre las secas hojas de las palmeras—le mordió la mañana de su *tonkou* (boda) antes de saber si su cuarta mujer, Zulai, la niña encantadora, era más obediente ó sumisa que las otras. Y él yacía exánime.

Los vasallos se lamentaban en voz alta al pié del lecho real (waa-ko) y sus manifestaciones de tristeza iban á confundirse en un sordo murmullo, con el estertor del moribundo.

La confusión llegaba á su apogeo, cuando de pronto en aquellos críticos momentos de fatal expectación, sonó una especie de aullido largo, estridente, que llamó la atención del grupo: un *tzugur* (sacerdote) se abre campo entre la multitud y se acerca al enfermo. Trae en la mano una copa de barro con sagrado ungüento (1), con el que le hace pases

(1) Fig. A del grabado adjunto.

cabalísticos sobre su rostro, coloca á su lado braseros (1) con fuego y especias, le pone en la cabeza un papagayo y se aleja de aquella escena, seguido de gran tumulto. Cumple el precepto de su religión que ordena dejar solo al mortal cuando agoniza, y ya nada ni nadie lo puede salvar de una muerte segura.

Sola, aterrada, con mirada de espanto y único testigo del concluir de aquella vida, permanece al lado del lecho una joven de figura pequeña, pero de esbeltas formas. En sus ojos negros y luminosos se refleja su alma noble y pura; la nariz ligeramente arqueada; la boca, no muy pequeña, de labios rojos, le imprime á su semblante una marcada expresión de dulzura. Cabello riquísimo, negro-azulado, corona sus sienes y baja sobre sus hombros como manto sedoso.

No se mueve cuando uno á uno ve despejar la real sala, á *suquias*, *tzugurs*, parientes y pueblo. No los sigue ni acata el rito que exige abandonar al moribundo. Nó: para ella, lo que últimamente le acontece es tan extraordinario que olvida el mundo exterior y reconcentra todo su ser en meditar los sucesos recién pasados. Y, mientras transcurren las horas y se extingue poco á poco la vida de aquel cacique—dueño y señor de la joven descrita,—abramos un paréntesis y penetremos los íntimos pensamientos de Zulai.

Hélos aquí:

¡Todavía ella era feliz hacía ocho días!

Vivía con su madre, allá en un ranchito á orillas del río Coebí, alejada del poblado. Allí había nacido y crecido, y no recordaba otro hogar, siendo dichosa en aquel tranquilo rincón.

Se ocupaban ambas de las faenas de la casa y de las labores del campo. Juntas fabricaban las groseras telas de mastate, tejían canastos, y en épocas de cosecha, *pilaban* arroz ó desgranaban maíz. Y sólo de tarde en tarde iban á Dorién en busca de sal, dulce y otras provisiones, que conseguían á cambio de cacao.

Cuando ella llegó á los quince años, comprendió con esa intuición natural en la mujer delicada, que Kaurki, el Cacique, la codiciaba y prefería á las demás muchachas del valle; pero ella le aborrecía. Sentía repulsión por él, y ese sentimiento predominó en su ánimo desde muy niña. Le

---

(1) 1, 2 y 3.

causaban horror los ojos amarillentos, los pómulos pronunciados y la cabeza achatada, de aquel hombre, y temerosa de provocar la cólera soberana, optó por hacer más y más raros los viajes al pueblo. Dejaba que su madre fuese sola, figurándose que así anularía las pretensiones amorosas de Kaurki.

Pasaron muchos meses en esta aparente tranquilidad y olvido, deslizándose monótonos los días, cuando una mañana Mamita Guaré (que así llamaban todos por cariño á la madre de Zulai) se dispuso á hacer su periódico viaje al pueblo.

La viejecita era una mujer fuerte todavía, constante, trabajadora y abnegada en el cumplimiento del deber. Como curandera, conocía los secretos maravillosos de las hierbas medicinales, y desde los lejanos rancheríos, venían en su busca toda clase de enfermos.

Su tratamiento era sencillo, y poco ó nada costaba á aquellos infelices recobrar su perdida salud. Al poner en sus manos el ungüento, la tisana ó el manojo de plantas aromáticas, ella les aseguraba con gran energía que habían de mejorar; la voluntad de esta mujer bondadosa, llena de fe, sugería la idea de curación y pronto sus enfermos gozaban de completo alivio. Así se popularizó su nombre, y nadie hablaba de Mamita Guaré sino con cariño.

Era de ver el jardincito de la bondadosa anciana. Hallábase limitado por una alta empalizada de cañizo, con su pequeña puerta situada frente á un patio que había delante del rancho, empalizada casi oculta por tupidas masas de las fragantes reinas de la noche, las cuales, colgando de los plomizos tallos, ostentaban sus hermosas, níveas flores, que miraban al suelo. Ella y Zulai cuidaban amorosamente del tesoro de plantas medicinales que allí crecían (y eran constantemente utilizadas) entre las cuales figuraban el tapate, el jaboncillo, el eneldo, el jenjibre, la gavilana y el anís, la mágica verbena y la misteriosa hierba mora; árboles raros y flores y frutos no comunes, formando todo un conjunto sobre la oscura y húmeda tierra, que era el encanto de los sentidos.

Guaré viendo corretear á Zulai por aquel rinconcito encantado, creyó que ésta era la más graciosa de sus flores y no descuidó su cultivo. Empezó por inspirarle el sentimiento de la obediencia, labor fácil, dado su carácter suave. Pero aquella mañana cuando su madre la instó á

ir con ella á Dorien, se rebeló su instinto á acompañarla, y no titubeó en confiarle el horror que tenía al Cacique, y lo imposible de dominar sus presentimientos.

La madre sorprendida de oírla siquiera replicar á su mandato, vaciló un momento si la forzaba á obedecer, ó la dejaba seguir su impulso, pero fijó su mirada en Zulai adivinó el temor de la niña y sin decir palabra, tomó su desayuno hizo de él un fardo que ató á un cinturón de cuero, lo colgó á su cabeza y con una frase de despedida salió camino abajo trotando, y sin mirar hacia atrás.

Y Zulai no tuvo miedo de quedarse sin ella, porque tenía á su lado á Hianté la buena amiga. Era ésta una india joven, inteligente y de facciones bellas, entendida en el arte de hilar y tejer hamacas, y cuya voz dulce y armoniosa era el encanto de cuantos la escuchaban. Solía venir á menudo desde los extensos dominios de sus padres, vecinos al Coebí, y gustaba pasar los días en el rancho de Guaré. Su mirada era triste: Cuando niña, á consecuencia de un juego peligroso en las orillas del mar, se dió un golpe que la dejó deforme, pues era gibada; y si bien este defecto nunca la impidió trabajar, de vez en cuando se afligía y lloraba, hallando lenitivo á su dolor, en el cariño y consuelo de su predilecto hermano Yurán.

Se ocuparon pues, las amigas, del arreglo del rancho y empezaron pronto sus tareas.

Dieron de comer á los pájaros y palomas, regaron las guarias que crecían frondosas en los troncos, y cuyas flores delicadas embalsamaban el aire con su perfume, y luego se ocuparon del aseo de su choza, y de cocinar y moler.

A la tarde cuando el sol caía, aún trabajaban. Se asomaron á la puerta, y allí se sentaron para contemplar el celaje. Como había entrado el verano, el campo respiraba vida y alegría, y las bandadas de pajarillos revoloteaban bulliciosos en las milpas vecinas. Desde allí divisaban en las vegas del río los yucales y cacaotales que ondulaban con la brisa, y la selva umbría, más allá del Coebí.

Pensando en que había que madrugar mucho para deshierbar al siguiente día el jardincito de Guaré, se recogieron temprano, y una visión de flores, aromas y verdura arrulló el sueño de Zulai aquella noche.

En vano esperó á su madre al siguiente día.

Así transcurrieron dos más sin verla llegar, hasta que á la tarde del tercero afligida por la tardanza y llena de presentimientos, resolvió salir en su busca.

Dejó á su amiga encargada del rancho, y llena de fe en que cumplía con su deber, salió ligera del Coebí. Bajó la cuestecita y atravesó el río antes de caer la noche.

Penetró en la selva sin temor alguno: conocía tan bien todos aquellos caminos que no temía extraviarse. ¡Llevaba el pensamiento fijo en su madre, y corría con ese trotecito peculiar de su raza.

La noche se acercaba. En el bosque se confundían las sombras de los árboles con la estrecha vereda, y Zulai no paraba. Sus ojos llevaban luz, sus pies no daban con estorbo alguno: se guiaba con seguridad. Recorrió presurosa, sin darse cuenta, la extensa selva de Arié; atravesó riachuelos, pendientes y llanuras, cuando de pronto se sintió tan fatigada que detuvo su marcha. Se sentó en una piedra que dividía el camino, y miró á su alrededor. La luna asomaba apenas entre nubes plomizas; pero su pálida luz orientó á la niña. Tenía una sed abrasadora y se convenció de que en aquel sitio no encontraría agua, había pasado los riachuelos, los arroyos del terreno quebrado, y allí la única á mano, era la malsana de las ciénegas en donde vivían los maléficos espíritus que producían la calentura.

Palmo á palmo conocía aquellos lugares y recordó que á pocos pasos de allí tomando el opuesto camino de Dorién, en una hondonada, nacía una fuente de agua deliciosa. La vereda era muy poco transitada, pero ¿qué le importaba si al fin sus labios se mojarían en el fresco líquido? Se volvió y buscó el paraje. Abriéndose paso entre bejucos y charrales bajó precipitadamente. Quitaba la maleza que se interponía, y ya iba á llegar al bajo, cuando le pareció oir ruido extraño. Se detuvo á escuchar; distinguió una voz humana y el pataleo de animales en el agua. ¿Quién podría ser? Pero no retrocedió. Siguió muy despacio hasta llegar cerca de la fuente. Allí se ensanchaba la vereda, y Zulai ocultándose en la sombra miró hacia adelante, donde la luna iluminaba un cuadro encantador: un grupo de ciervos bebían ávidos, y á su lado en actitud de espera se destacaba la figura airosa y varonil de un indio alto, envuelto en una piel de tigre. Zulai impresionada se llevó las manos al pecho para contener

la emoción de que se sintió poseída y quedó por largo rato extasiada.

Un ruido en la hojarasca llamó la atención del mozo, é instintivamente llevó su mano al arco y flecha gritando con voz enérgica, pero agradable:

—Quién vá?

La niña no tuvo miedo: dió un paso hacia la luz y contestó:

Soy yo, Zulai, y tengo sed.

A la vista de la joven india, y asombrado por tan bella aparición, el mozo la contempla con arrobamiento, y luego, como quien escudriña en el pasado y desea acertar en su reminiscencia se acerca, y con acento trémulo la dice:

—Eres tú Zulai, la hija de Guaré, la niña del otro lado del río Coebí?

Y tomándole una mano la atrae donde la luz da de lleno en su cara.

—No me recuerdas? Qué haces aquí, sola, y en este peligroso lugar?

Ella le miró y guardó silencio. En alas de la memoria recorría su niñez, en la cual, mezclado en todos sus juegos figuraba un compañerito más grande que ella, pero que la quería y mimaba, y comparándolo, se parecía mucho á este mozo. De pronto... una luz vivísima iluminó su faz y sonrió bondadosamente.

Sí, sí, ya se acordaba! Como un dulce sueño que ha tiempo pasó, revivieron en su mente con precisión las escenas de otros días, y con franca alegría entró en conversación con su viejo amigo, con Ivdo, el muchacho aventurero que había desaparecido de Dorien hacía tanto tiempo! Le habló de su rancho, de su jardín, de su madre, confiándole sus tristezas y el objeto de su viaje.

—Y á tí, Ivdo, ¿por qué hace tantas lunas que no te vemos?—Mientras ella apaga su sed, él le narra en cuatro rasgos su historia:

—Me ausenté de aquí cuando tú eras una niñita. Huí lejos de Dorien y de su cruel Cacique, porque él me odiaba y hacía muy tristes mis soles. Como huérfano que desde muy niño quedé, é hijo de extraños, no tuve á nadie que mirase por mí y solo tu madre me quería. Los días más felices de mi juventud los pasé en el ranchito, al otro lado del Coebí. Allí encontré cariño y compartí el alimento de tu casa. Pero yo ambicionaba mucho, y además no quería

abusar de Guaré que vivía de su trabajo. Cuando Kaurki quemó mis últimos maizales porque envidiaba la cosecha magnífica que tenían, yo abandoné este suelo, y pensé en no volver jamás. Pero aquí me tienes Zulai, y al entrar en él, te encuentro en mi camino antes de verte en tu propia choza para donde me dirigía. He luchado mucho, he recorrido tierras solo, á veces abatido, pero triunfé siempre sobre mis enemigos, y ahora traigo oro, que yo mismo he cateado allá en regiones lejanas.

Concluido el relato ascendieron la vereda, y salieron al camino, continuando la marcha hacia el poblado. Ivdo la acompañaría hasta allá, quedándose en las vecindades, listo á ayudarle.

Caminando charlaban, y Zulai confiaba en este hombre franco y gallardo, contestando sinceramente á todas sus preguntas. Cuando le habló de Kaurki, ella le contó su odio hacia él, y las veladas pretensiones de este. El mozo escuchaba encantado; la voz dulce de su compañera le atraía, asemejando el rumor lejano del agua que se desliza entre pedregales por la floresta. Y el tono de intenso coraje que imprimía á sus frases, cuando aludía á la culpabilidad probable de Kaurki, por la tardanza de su madre, terminaba en un desborde de apasionadas quejas que probaban á Ivdo cómo el apacible agua podría convertirse en torrente caudaloso, si encontraba obtáculos á su paso!

IV

Los primeros tintes de la aurora iluminaron el espacio y Zulai é Ivdo aún caminaban.

Detuvieron un momento su marcha para admirar el magnífico paisaje que se ofrecía á su vista: A Occidente se esfumaban á lo lejos, cubiertos por densos vapores azulados, los techos de paja, los conos de los ranchos de Dorien. De la sombra surgían los altos pejivalles, y sus sombrías palmas contrastaban con el fondo vermellón claro del cielo. Más allá desafiando el horizonte, el volcán de Ircó despejado en su cima, pero cobijado por nubes violáceas en su base, mostrábase grandioso, descubriendo sus contornos de luz y sombra. Semejando esmeraldas

entre la oscuridad de las selvas los tardíos sembrados salpicaban la falda fértil de la montaña, y por último y muy cerca de los ojos de los mudos expectadores de este bello cuadro, el Japiri caudaloso y grande arrollaba como cinta de blanca espuma largos trechos de selva, planicie y hondonada.

La luz matinal iluminó poco á poco el panorama, haciendo renacer en el corazón de Zulai, la esperanza de pronto encontrar á su querida madre.

Tuvieron que descender un estrecho *trillo*, para alcanzar la ribera y vadear el río. El agua estaba tan baja que podrían atravesarlo sin necesidad de retroceder en busca de la hamaca.

A Zulai no le asustó un baño tan de mañanita: estaba acostumbrada á nadar, y creía que había nacido sabiendo; sin duda Guaré siguiendo la vieja tradición, usó por nueve lunas, colgándoselo al cuello, un ojo de alcatráz antes de que ella viniera al mundo!

Ivdo encontró pronto el buen paso, y sin más preámbulo miró á su compañera y la alzó en sus brazos: con inmenso cuidado, como si llevara á un niño, la aprisionó en ellos, diciéndole que se sujetara bien. Zulai no resistió; se asió con firmeza y confianza á aquel hombre joven y fuerte. El, entró al agua resuelto, convencido del próximo buen éxito de su empresa, y cortaba la corriente con sus piernas aceradas sin desviarse una vez sola. ¡Ni siquiera en los raudales encajonados pudo aquel torrente arrastrar á su antojo al guapo intruso; que sus fuerzas eran prodigiosas, y con orgullo cuidaba del rico tesoro que llevaba!

Ya iba á alcanzar la orilla; pero ante la proximidad de su triunfo se interpuso el vacío que pronto sentiría al separarse de Zulai; envolvió á la niña en una mirada tierna y significativa, salió del río, y la depositó sobre un tronco caído de la ribera. Luego, como para pedirle su aprobación, da un paso atrás, cruza sus brazos, y la pregunta: Qué tal?

Ella baja sus ojos, y gruesas lágrimas caen sobre su regazo. El, sorprendido al verla llorar, se acerca y, tomándole una mano le dice:

—Zulai, ¿te hice algún daño?... ¿por qué lloras? ¿No he sabido llevarte?

En el semblante de la india se reflejó el vehemente deseo de servir, amar y obedecer á este hombre subyugador;

levantó sus ojos húmedos, y llena de dulzura y sentimiento, le habló así:

—No Ivdo, no, por eso no lloro. Tus brazos me han sabido alzar; son fuertes como las ramas de un árbol; pero es que yo los quiero para que á mí sola me enlacen; quiero tu cara varonil y bella, para que á mí sola siempre sonría; quiero tus piernas potentes que cortan la corriente como corta el viento las hojas del plátano; quiero ser siempre pequeña, siempre débil para que tu me protejas...

El mozo encantado en la naturaleza ingénua de Zulai, enamorado desde niño de esta criatura, se arrojó cerca de ella y le ofreció su amor y su vida. Juró á su oído fidelidad y ternura, prometiendo á la niña celebrar la boda pronto, antes que entrara la nueva luna.

Ella aceptó el amor puro de Ivdo como una necesidad que llenaba el vacío de su vida solitaria, y la fresca mañana de verano fué testigo de los esponsales sencillos del amor y la juventud risueña.

V

Siguió sola con paso lento el camino que conducía al poblado. Un mundo nuevo se abría á sus ojos. Su corazón de niña acababa de despertar al franco llamamiento del amor y amaba la vida porque Ivdo había aparecido en ella para guiarla y dulcificarla. Y la dicha de los instantes recién pasados ejercía el mágico poder de hacerla olvidar su pena.

Caminaba como en un sueño; distraída tomó un *trillo* que conducía por una cuesta directamente á la plaza, desembocó de pronto á ella, y allí la realidad desnuda ofreció á su vista una escena aterradora.

Tirada sobre la piedra de sacrificios, yacia la figura de una mujer en extravagante posición. Corrió presurosa al sitio, y se detuvo temblando: en las facciones lívidas de aquella infeliz reconoció á su madre.

Un grito penetrante de dolor, grito gutural, casi salvaje, hendió el aire. Zulai pedía auxilio, llamaba, y á sus gritos no respondía sino el eco.

Se agachó y la palpó: estaba fría, parecía muerta, y sin embargo, notó que su corazón palpitaba débilmente. ¿Qué

le sucedía? ¿Por qué estaba yerta y en aquella postura? Todo el peso de su cuerpo se apoyaba sobre la cabeza, pues aunque echada sobre el dorso, éste se levantaba de la piedra formando un verdadero arco. Trató de alzarla, pero algo como una fuerza misteriosa, ó como un peso enorme gravitaba sobre aquel cuerpo, impidiendo moverlo. Tuvo miedo por primera vez en su vida. Miedo por ella misma, miedo por su madre. Sólo los espíritus maléficos podían haberla castigado de un modo tan cruel; ellos tenían tantos poderes sobre los mortales, que les era dado producir un sueño de muerte como éste.

Dominó sus sollozos para contemplar á su alrededor: los ranchos permanecían aún con sus puertas cerradas, y no daban señal de vida: el Palenque se alcanzaba á ver á lo lejos. Todo estaba silencioso. ¡Nadie acudía para socorrerla, nadie para consolarla!

Pero en su desolación, aquella naturaleza enérgica y fervorosa no se abatió. Miró á Oriente: el Sol nacía, derramando luz y calor; ese Astro esplendoroso sería su consuelo, á él elevaría una plegaria.

Arrodillóse; agachó su cabeza en señal de humildad, levantó en alto sus brazos en actitud suplicante y le dirigió esta sencilla, pero elocuente imprecación:

—¡Oh Dios Sol! tú que das vida á todos los seres, é iluminas hasta la oculta hondonada, revive á mi madre querida, y alumbra de nuevo mi sendero: lo he perdido, y la oscuridad me acobarda y detiene en la aflicción...

Dicho lo cual rindió sus brazos, y quedó sumergida en doloroso éxtasis largo rato.

(Continuará)

PERMANENTE

LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

Esta Sociedad, que fué fundada en New York el 17 de noviembre de 1875, y que actualmente cuenta con más de 600 Ramas extendidas por todo el mundo, tiene por objeto:

1º—Formar el núcleo de una Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta ó color.

2º—Fomentar el estudio de las literaturas, religiones y ciencias Arias y otras Orientales.

3º—Un tercer objeto—perseguido únicamente por un cierto número de miembros de la Sociedad—es investigar las leyes no explicadas de la Naturaleza y los poderes psíquicos latentes en el hombre.

A nadie se le pregunta, al entrar á formar parte de la Sociedad, cuales son sus opiniones religiosas, ni se permite la ingerencia en éstas; pero se le exige á cada cual, antes de su admisión, la promesa de practicar para con los demás miembros, la misma tolerancia que para sí quiere.

Equivocadamente se ha sostenido por ahí que han existido varias clases de Teosofía, lo que no puede ser. Habrá habido Sociedades cuyas tendencias se conexionen con la TEOSOFÍA; pero según anteriormente lo hemos afirmado, la TEOSOFÍA no ha podido nunca ser más que una, porque una es la Verdad. Elena P. Blavatsky decía á este propósito: «Si hablás de la TEOSOFÍA, contesto que, así como ha existido eternamente á través de los infinitos ciclos del pasado, así también vivirá en el infinito porvenir, porque la TEOSOFÍA es sinónima de la VERDAD ETERNA.»


Al excelente y buen amigo
Sr Tomás Povedano dedica este
recuerdo
Abril 9/907